

guna guerra que tuviera otro programa. En ese momento llegó también el embajador de Prusia á Varsovia, el marqués de Lucchesini, y anunció que en Polonia reinaba una viva agitación con motivo de la cesión de Dantzig y de Thorn; en Varsovia, decía, todas las pasiones están excitadas por las favorables circunstancias del momento; el partido ruso, para perjudicar los intereses de Prusia, había hecho decidir por la dieta que toda cesión de territorio era un crimen de alta traición, y los mismos partidarios de Prusia pensaban que esta potencia habría debido dar á lo menos á Gallizia entera en cambio de esas dos ciudades. Esas afirmaciones causaron la más viva impresión en el rey Federico Guillermo II.

Habíanse ya calmado en él los primeros ardores, y así como estaba pronto en los primeros arranques del entusiasmo á tomar enérgicas resoluciones, otro tanto era incapaz de obrar con perseverancia cuando el razonamiento solo le servía de móvil. Hasta á la edad de cuarenta años había estado alejado de los negocios, lo mismo que de todo estudio, y de todo trabajo del espíritu. Habíale arrastrado su ardiente temperamento á buscar compensaciones en las excitaciones y placeres de todo género; pero al fin se había cansado, y se lamentaba del vacío y monotonía de su existencia, de modo que una vez hubo subido al trono, se acostumbó muy pronto á no considerar los negocios políticos como toda otra clase de negocios más que como medios de distracción y de estimulantes para su espíritu.

Nada le decidía tan fácilmente en favor de una medida, como si ésta le daba ocasión para entregarse á sus nobles sentimientos; pero nada le fatigaba más pronto que los cálculos exactos y posibles que constituyen el alma de toda política práctica. Así, al ver, como en Reichenbach iban los obstáculos acumulándose, se persuadió fácilmente de que Herzberg le había arrastrado á dificultades inútiles. En el fondo encontraba el modo de ver de Inglaterra muy honroso para Prusia. La gloria de dictar, como árbitro de Europa, la paz á tres emperadores, le parecía más grande aún si Austria no ganaba nada en los cambios que debían tener lugar; en cuanto á Prusia un tal tratado debía, según él, darle tanta más honra cuanto no venía manchado con la interesada petición de Dantzig y de Thorn. El rey se abandonaba con ardor á esos sentimientos, sin comprender que un soberano hacía traición á su deber cuando se dejaba arrastrar por el desinterés á expensas del Estado que se le confiaba. Herzberg, pues, recibió la orden de rechazar los planes de

cambios del príncipe de Kaunitz, y de insistir sobre la conservación del *statu quo*. Los embajadores austriacos afectaron mostrarse inquietos é irritados, y el rey expresó á Herzberg la idea de que era necesario prepararse para combatir por la buena causa, pero Herzberg meneó tristemente la cabeza. En efecto, aún no habían pasado ocho días, cuando el rey recibió con grande sorpresa la adhesión explícita de Leopoldo. Austria renunciaba por ello á todos sus planes de conquista, y prometía á Bélgica una amnistía y el restablecimiento de su antigua constitución legal. Prusia, en revancha, abandonaba todas sus ideas respecto á Dantzig, y prometía proteger la dominación austriaca en Bélgica. La sola cosa que Herzberg pudo obtener, fué que se añadiera esta cláusula de que, si Austria extendía de cualquier modo que fuera sus fronteras por parte de Turquía, concedería á Prusia un equivalente.

El embajador americano en París, Morris, que era un conservador en toda la fuerza de la palabra para un hombre de Estado, y que si no era un hombre muy instruído, era un hombre de mucha experiencia, escribía en esta ocasión á su gobierno:— «Bien que sea Prusia quien haya dictado el tratado de Reichenbach, ha salido de él completamente mistificada.» En efecto, muy pronto se vió todo lo que le había hecho perder el desinterés de su rey. La consideración se debilitó en todas partes, á la vez que la influencia de Leopoldo crecía en igual proporción.

Durante algunas semanas Austria permaneció fiel al tratado de Reichenbach; celebró una tregua con Turquía, y se mostró pronta á abrir un Congreso para tratar de la paz, y en la Haya arregló de concierto con Prusia, Holanda é Inglaterra, su nueva toma de posesión de Bélgica.

Leopoldo tenía necesidad de ese tiempo para consolidar su posición en el interior. Necesitaba hacerse elegir emperador, y Prusia, desde la liga de los príncipes, tenía mayoría en el colegio de electores. En verdad esta potencia le había prometido sus votos en Reichenbach, pero quedaban aún por arreglar las disposiciones particulares de la capitulación imperial.

El primer resultado de la política de Reichenbach fué que Sajonia escapó á la dirección prusiana, y volvió de nuevo á sus principios de neutralidad absoluta. Por ahí, la balanza se inclinó de nuevo del lado de Austria, y todas las proposiciones tendiendo á hacer modificar la capitulación, cayeron delante de la mayoría formada por la Bohemia, la Baviera,

Colonia y Tréveris, contra el Brandeburg, el Hanover y Maguncia.

Una cosa no menos importante fué que Leopoldo á despecho de toda oposición, llegó por esta época á hacerse reconocer como rey de Hungría. La manera de obrar en ese país caracteriza todo su gobierno. Mientras José había procurado destruir la existencia de los derechos provinciales y de los Estados en favor del bien general, Leopoldo restablecía la existencia de los Estados, pero reservó para sí todos los derechos esenciales. En Hungría, particularmente, usó de un medio que se ha empleado de nuevo en nuestros días; hizo un llamamiento á los illyrios y á los eslavos del Sud contra los madgyares, y obtuvo con su socorro la corona y todos los derechos soberanos de María Teresa. Una vez conseguido esto, marchó sin vacilar y salió tan pronto pudo de la línea trazada en Reichenbach. Las tropas se dirigieron contra Bélgica que, á consecuencia de las discordias civiles, estaba mal armada y mal defendida.

Los oficiales prusianos se retiraron entonces del servicio del Congreso, y muy pronto la presión de Austria creció tanto, que en las conferencias de la Haya las potencias marítimas pasaron de las protestas á las amenazas. Pero el tiempo de una seria resistencia había pasado. El ministro de Austria, el conde Mercy, dió resultadamente á sus tropas la orden de avanzar sin tener para nada en cuenta los compromisos contraídos.

Las divisiones intestinas habían quitado á Bélgica el apoyo de Francia; pues el Congreso de Bruselas había, poco tiempo antes, tomado medidas contra el partido democrático, y á pesar de todas las reclamaciones de Lafayette, no había querido devolver la libertad á los agitadores que mantenía en prisión. En vano Lafayette envió al general Dumowriez á Bruselas á ofrecer, como precio de su libertad, el auxilio de Francia contra Austria, el Congreso fué inquebrantable, de donde resultó completamente enmarañado con Lafayette cuando el general Bender, al frente de 30.000 austriacos, principió sus operaciones. Lafayette era el hombre menos dispuesto del mundo á turbar la paz de Europa por pecadores tan endurecidos. La Bélgica cayó, pues, sin disparar un tiro, de nuevo, bajo la dominación austriaca.

A seguida, Lieja, volvió al gobierno de su obispo. Prusia había hasta entonces sostenido enérgicamente la justa causa de los habitantes de dicha ciudad. Lo que ella no había hecho en Bélgica y Hungría más que por medio de agentes secretos y no confe-

sados, lo hizo ahora abierta y oficialmente respecto de Lieja, y debía por este lado esperar procedimientos tanto más equitables, cuanto que los Estados de Lieja se habían declarado prontos á acoger de nuevo á su obispo si este les confirmaba sus antiguos derechos y privilegios. Pero los regimientos austriacos entraron en el país sin cuidarse de las protestas de Prusia, y la oposición quedó aplastada por la fuerza de las armas.

Las consecuencias funestas del sistema de Reichenbach se mostraron aún más claramente en el Este de Europa.

Suecia, confiando en los auxilios anglo-prusianos había principiado la guerra contra Rusia; así quedó amargamente desilusionado y firmó una paz que no le dió beneficio alguno.

En Polonia, el partido patriótico no quiso someterse á la influencia prusiana; después de la imprudente terquedad de que dió pruebas en el asunto de Dantzig, tenía su reino motivo para temerle todo de Prusia y consideraba una alianza con Austria cosa más segura y ventajosa.

En fin, el congreso respecto de Turquía no podía encontrar camino para reunirse. Rusia amenazada por Prusia é Inglaterra, ofrecía grandes territorios á la corte de Austria para decidirla á que hiciera causa común con ella, y Kaunitz fué de opinión de que, si Prusia atacaba á los rusos, nada impediría conceder á estos últimos los socorros estipulados en los antiguos tratados, teniendo en cuenta que en Reichenbach no se había para nada tratado de Turquía.

Leopoldo, es verdad, combatía esta opinión, apoyándose en lo que había prometido en Reichenbach, á saber, á no tomar parte alguna directa ó indirecta en una guerra contra Turquía; pero los embajadores de Prusia en Inglaterra tuvieron que esperar en Sistowa hasta el último día del año la llegada de sus colegas austriacos, y ya veremos luégo el aspecto que tomaron las cosas por ese lado.

Así, pues, las negociaciones prusianas europeas en 1790 no llegaron en parte alguna á una conclusión pacífica. Rusia continuó sembrando á su alrededor recelos é irritaciones prolongando la guerra contra Turquía. Austria, que con tan buena suerte acababa de escapar á un inminente peligro para alcanzar un grado de elevación de todo punto imprevisto, no pensaba más que en seguir de todos lados nuevas ventajas. A despecho de su reciente amistad con Prusia, no olvidó cuanto la actitud de esta potencia había contribuído al movimiento de sus provincias. Leopoldo conservaba su recuerdo

en su memoria y continuaba avanzando, sin dejarse turbar por el creciente ruido de la revolución francesa.

El rey de Prusia cuanto más se daba cuenta de las determinaciones tomadas en Reichenbach, más

sentía su amargura. Mientras que, de un lado, oía que le acusaban de traidor en Hungría, Bélgica y Lieja, del otro, se veía despreciado en Polonia, y completamente engañado en la confianza que había puesto en Austria.



## CAPITULO IX

### ADOPCIÓN DE LA CONSTITUCIÓN FRANCESA DE 1789

Situación política de Francia.—Carácter de su agitación con motivo de la entrada de los austriacos.—Estado del ejército.—La Asamblea nacional y el ejército.—Cómo se fomenta la indisciplina.—Acertados acuerdos de la Asamblea, 19 y 23 de Julio.—Sucesos de Nancy.—Reclaman los soldados que se les ajusten las cuentas.—Actitud de los oficiales.—Mandan dar baquetas á los comisionados del regimiento suizo.—Irritación general.—Los soldados en la calle.—Humillación y castigo de los oficiales.—Terror de Lafayette.—Su origen.—Cómo procuró la pacificación.—Decreto de la Asamblea de 16 de Agosto de 1790.—Restablécese el orden.—Imprudencias del general Malseigne.—Renévese el tumulto.—Cómo se apoderaron los soldados del general.—Significación de su entrega.—Marat.—Encárgase á Bouillé la pacificación de Nancy.—Prudente actitud de Bouillé.—Se deciden por la resistencia los exaltados.—Bouillé ataca á Nancy.—Heroísmo de Desilles.—Jornada del 31 de Agosto.—Severidad de la represión.—La reacción en Nancy.—Actitud de la Asamblea.—Imprudencias.—Verdadero carácter de la Revolución francesa.—La revolución social.—Los socialistas y comunistas de la revolución.—Sus teorías.—Resistencias de la Asamblea.—Sus causas.—Situación financiera.—El déficit.—Cómo acabó la popularidad de Necker.—Lucha entre Necker y Mirabeau.—Nueva emisión de asignados.—Profecías de Necker.—Se retira del gobierno.—10 de Setiembre de 1790.—Triunfo de Mirabeau.—Robespierre y Marat y la liquidación del antiguo régimen.—Error de los revolucionarios y sus consecuencias.—El presupuesto de la revolución: sus ocultaciones.—Nuevo sistema económico.—Cómo va democratizándose la revolución.—Los impuestos.—La contribución de consumos.—Opinión de Sybel sobre á quien insume la responsabilidad de la situación.—Complacencias de la Asamblea con los reyes.—Maria Antonieta.—Famoso dicho de Mirabeau.—Luís XVI como va apocándose.—Sentimientos religiosos de los reyes: cómo van exagerándose.—El juramento del clero.—Doble de Mirabeau: aconseja los temperamentos enérgicos: á que fin.—Montmorin y Mirabeau.—La reacción liberal y la reacción de la corte.—Conspiración de los reyes.—Actitud de Maria Antonieta.—La reina contra los emigrados.—Sus planes para huir de París.—Presenten los patriotas los planes de la corte.—Loustalot, Desmoulin y Marat.—Cómo murió Loustalot.—La coalición europea como iba formándose.—Burke, Calonne y Mounier.—Los clubs de París.—Formalizan su organización.—Los Jacobinos.—El club del 89.—El círculo social.—Los Cordeliers.—La prensa republicana.—Las mujeres en los clubs: Theroigne de Mericourt.—Los clubs monárquicos.—Disuélvelos la municipalidad.—Quienes eran los que en 1790 protestaban de que se exigiera al clero el juramento cívico.—Opónense al mismo Robespierre, Desmoulin y Marat.—El 23 de Diciembre de 1790: Camus.—Cómo también Luís XVI sancionó el juramento del clero por la fuerza.—El juramento del Rey y el de Desmoulin.—Matrimonio de Desmoulin.—Los testigos.



OMO hubo de calmarse la agitación producida por la entrada en Francia de los austriacos del general Bander, se explica recordando la actitud de los partidos, como resulta de la reseña de Sybel. Desde el momento que los patriotas franceses no querían por motivos políticos

guerra alguna, y de un lado rompían el pacto de familia y del otro abandonaban la Bélgica á los austriacos, todo lo que no fuera una política platónica, una política de simpatías les estaba prohibido, y no es posible dudar por lo que ya sabemos, que lo que hubo de alarmar más á los patriotas al saber